

infinidad de cuadros y la muchedumbre de esculturas, y la enorme cantidad de sepulcros y monumentos sepulcrales? Nosotros sí lo ejecutamos; pero no llevaremos al lector á ver cosa por cosa, temiendo que nuestras descripciones no puedan llegar á entretenerle con su lectura, tanto como á nosotros nos entretuvo la vista de los objetos que describiéramos, y no queríamos que el fastidio le obligase á dejar el libro, acaso sin fijarse en lo más interesante. Le mostraremos, por tanto, sólo aquellos objetos que no podrán menos de cautivar su atención.

Detengámonos en la tercera capilla de la derecha. Su restauración fué dirigida por Carlos Madero, lo que basta para decir que ofrece un aspecto bellissimo, así como su decoración ejecutada por César Nebbia. El altar mayor ostenta un cuadro hermosísimo de la Anunciación, que si no pertenece al angelical Fiesola, como se ha creído, debe ser de alguno de sus más aventajados discípulos.

Avanzando hacia el fondo del templo, llegando á la nave del crucero, no debemos pasar adelante sin entrar en una pequeña capilla; arrodillémonos delante de un bello Crucifijo de madera y veneremos en él una imagen de Jesucristo; pero tributemos en ella asimismo el culto debido al arte, consagrando un recuerdo á su autor, el célebre pintor Giotto. ¡Privilegio de esos artistas italianos, que así manejaban con maestría la paleta como el buril ó el cincel!

Nadie podrá ver con indiferencia las preciosidades de la gran capilla inmediata, dedicada á Santo Tomás de Aquino. Allí está la obra mejor acabada por el famoso Filippo Lippi, La Santísima Virgen, acompañada del Santo titular y del Cardenal Caraffa, fundador de la capilla. Del mismo autor se admira un cuadro de la Asunción, y arrebatada las miradas una magnífica pintura cuyo asunto es llamado la Disputa de Santo Tomás.

Antes de entrar en la capilla siguiente, es necesario contemplar un rato la tumba de Guillermo Durante, que ejecutó el célebre Juan Cosmati, escultor del siglo XIV. En el interior de la capilla quedaremos sorprendidos admirando en el

altar mayor el cuadro maestro de Carlos Maratta, que representa á la Virgen con los Santos canonizados por Clemente X, y la luneta de arriba pintada al fresco por Baciccio.

En el altar mayor extrañaremos su aparente pobreza, aunque nos llamará la atención por la elegancia de su forma. Es que tenemos á la vista la cubierta solamente del verdadero altar, que es de arquitectura gótica cincelado en metal galvanizado. Se descubre tan sólo en las grandes solemnidades. Abajo de la Mesa del Sacrificio, dentro de una urna de mármol blanco, están los gloriosos restos de la ilustre Santa Catalina de Sena.

Dos puertas colocadas á los lados del altar, abren paso al coro, que es magnífico en la decoración de sus paredes y en la bóveda, y ostenta dos grandes y soberbias tumbas de mármol, de dos Sumos Pontífices, León X, cuya estatua es obra de gran mérito, y Clemente VII, representado también por un célebre artista en otra estatua digna de mencionarse.

A la derecha del coro, y contiguo á él, hay una especie de capilla, pasillo ó corredor, en el cual llaman la atención los magníficos monumentos sepulcrales que lo adornan, la mayor parte del siglo XV. Merece visitarse despacio, y no puede describirse.

La capilla de Santo Domingo, como debe suponerse, no es la inferior de las que circundan la iglesia. Decorada con ocho bellísimas columnas de mármol blanco y negro antiguo, ostenta en el altar un sobresaliente cuadro de Pablo de Matteis. Llama en ella la atención el monumento sepulcral de Benedicto XIII, obra de varios artistas distinguidos, rica por los bajo-relieves y estatuas que lo adornan.

Dando vuelta á la otra nave lateral, admiraremos en la segunda capilla dos soberbias tumbas del notable escultor Tenerani y algunos cuadros de mérito de la escuela florentina. En la tercera es digno de admiración el cuadro de San Vicente Ferrer, obra de Bernardo Castelli.

De intento dejamos para el fin la descripción de la estatua del Salvador, de Miguel Angel. Después de haber contem-

plado esta obra incomparable, ya no hay en Santa María sobre Minerva objeto digno de mencionarse.

Desde que llegamos á Roma dimos la preferencia en nuestras visitas y excursiones á las obras del gran pintor, escultor y arquitecto. Su fama que desde muy niños nos era conocida, juntamente con la de su rival el divino Sancio, habían despertado en nosotros el vehemente deseo de admirarle en sus originales, que conocíamos en reproducciones diversas, ora en escultura, ora en pintura ó en grabado. De casi todas sus grandes obras, aun de las más censuradas, teníamos noticia; sabíamos en donde se hallaban, y no éramos extraños á la historia de cada una de ellas. Por eso al principiar nuestras visitas comenzábamos por San Pedro, y seguíamos con la Capilla Sixtina, y continuábamos con San Pedro *Ad-Vincula* y recorríamos otras iglesias y visitábamos otros monumentos, siempre buscando las obras del gigante artista. Ninguna noticia empero había llegado á nosotros de la existencia del mármol preciosísimo que se halla enriqueciendo Santa María sobre Minerva, del cual tuvimos conocimiento hasta que colocados enfrente de él, un religioso dominicano que nos acompañaba nos dijo su procedencia.

—¿Efectivamente es de Miguel Angel esta escultura? Preguntamos al religioso.

—Si usted conoce las obras de Buonaroti, nos dijo, comprenderá que este mármol no puede haber sido esculpido por otro cincel.

—Es verdaderamente bello, repusimos; pero tiene tal expresión de dulzura y mansedumbre, que no se puede creer haya sido cincelado por el autor del Moisés.

—Muchos visitantes, dijo el eclesiástico, han hecho la misma observación. Pero lo cierto es, y está bien averiguado, que este Salvador ha salido de la misma mano.

Profundo respeto y veneración inspiran en sus originales las maravillosas obras de los grandes ingenios, ora sea un Creador del mundo, como el de Miguel Angel en la Capilla Sixtina, ora un niño desnudo y sin representación como el de Rafael que se halla en la Academia de San Lucas, ora

una Virgen tan divina como la de Foligno, ora una Venus pagana, como la del Capitolio. Imponente es el aspecto de una de esas obras, sea cual fuere el personaje ó el asunto que representen. Lo verdaderamente hermoso en el arte, á la vez que excita nuestra admiración y arrebató nuestras miradas, nos impresiona de un modo irresistible, conmueve nuestro sér de una manera extraña y nos hace experimentar ciertos goces inefables de que no siempre podemos darnos cuenta. Ahora, cuando el asunto es de suyo interesante, cuando la representación es de un objeto agradable, cuando el personaje representado es por sí venerable para nosotros, entonces nos sentimos extasiados en la contemplación de aquella pintura, de aquella escultura, y cuántas veces caemos de rodillas delante de una bella imagen, dudando si prestamos adoración á un lienzo y á un trozo de mármol ó á la sagrada persona que representa.

Esto último nos aconteció al estar delante del Salvador de Miguel Angel. Simpática, interesante, venerabilísima para nosotros la personalidad del Hijo de Dios, nunca le habíamos visto retratado y ni aun nos lo habíamos imaginado como lo llegó á crear el incomparable artista. Sin antecedente alguno acerca de la historia del Dios-Hombre, un salvaje que viese aquella figura, tendría que adorarla por fuerza, reconociendo en aquella apariencia de hombre la Divinidad misma. Aquel Salvador con la Cruz entre las manos, como apoyándose en ella, está de pie y desnudo como en el acto de recibir el Bautismo en el Jordán; su cabeza dulcemente inclinada hacia el lado izquierdo; en su semblante resplandece la majestad de Dios y en sus ojos se revela el candor y la mansedumbre del Hombre sin pecado; su boca ligeramente entreabierta descubre algo que no es la sonrisa, pero sí la amabilidad: de esos labios no pueden salir sino palabras de sabiduría y de consuelo: aquellos ojos ven; aquella boca habla; ese rostro celestial tiene vida: el cuerpo en un sobrio desarrollo muscular permite hacer el estudio de su anatomía exterior en su mayor pureza y perfección: aquella figura debe moverse, porque manifiesta hallarse en posesión de todas

las partes del cuerpo que sirven para el movimiento. Ese hombre de mármol no tiene de estatua mas que la dureza y la frialdad. No lo toquéis y os parecerá vivo. Ese dios no tiene de humano sino el recuerdo de su origen; salió de manos de un hombre: olvidad por un momento al artista que lo formó, y tendréis que caer á sus pies y adorarle como á la Divinidad.....

El Salvador de Miguel Angel nos reconcilió para siempre con el artista. Veráse después el juicio que teníamos formado de las otras esculturas y pinturas religiosas salidas de sus manos. Inspirado en el paganismo sensual y materialista, sus obras en lo general están llenas de defectos bajo el punto de vista religioso, con muy contadas excepciones. Su Salvador vino á demostrar que aquel genio era capaz de inspirarse en el más puro sentimiento religioso y lo sabía expresar hasta un grado sublime, inimitable. Para estimar en lo que vale el talento colosal de Miguel Angel, es necesario estudiar detenidamente el Salvador de Santa María sobre Minerva, después de haber examinado sus frescos de la Capilla Sixtina.

Contigua á la iglesia se halla la magnífica biblioteca llamada *Casanatense* por haber pertenecido al Cardenal Gerónimo Casanate, quien la legó á los padres dominicanos para que fuese abierta al público, dejando además un cuantioso legado para su conservación y para la compra de nuevos libros. El Gobierno se ha apoderado de este gran establecimiento que es el primero de su clase en Roma; considerándose superior á la biblioteca del Vaticano en el número y calidad de las obras impresas; que en los manuscritos le supera con mucho la del palacio Pontificio, la cual no tiene rival en el mundo.

El número total de las obras que contenía la biblioteca *Casanatense* hasta hace cinco ó seis años que alcanzan las noticias que nos fueron proporcionadas, excedía de 120,000 volúmenes, y esto sin comprender los cuadernos y folletos reunidos en las misceláneas. Entre las obras curiosas que reúne, hay una Biblia en pergamino, escrita por el sistema que llamaban *Chirographia*, que consistía en la impresión de

los caracteres por medio de punzones que llevaban grabadas las letras. Este sistema preparó la invención de la imprenta. La biblioteca encierra hoy la mejor colección de los mejores grabados que se tomaron de las planchas que posee la calcografía del Gobierno.

Cerca de la plaza de la Minerva se encuentra el vasto edificio que llaman *El Seminario*, el cual reúne dos instituciones importantes, el Seminario Romano y el Seminario Pío. El primero fué fundado por el Pontífice León XII, en el sitio que hoy ocupa, cuando fué devuelto á los Padres Jesuitas el edificio del Colegio Romano, en el cual se había establecido anteriormente. Es el Seminario episcopal de la ciudad, y está regido por el Cardenal Vicario, quien tiene su residencia en el palacio contiguo. En este Colegio cursan como internos unos cien alumnos y son instruidos en los diversos ramos de la filosofía, de la teología y del derecho.

El Seminario Pío está en el mismo edificio, en departamento separado, no teniendo común con él sino la iglesia. Lo fundó Pío IX para aumentar los medios de instruir y de extender la instrucción religiosa á los jóvenes procedentes de los diversos estados romanos. En este Seminario se admite por concurso á un alumno de cada Diócesis, exigiéndoles el juramento de regresar á su país natal concluidos los estudios ó partir á las misiones extranjeras. Este colegio fué enriquecido por su fundador con una magnífica biblioteca que se formó con las obras que contenía la famosa de los Padres Geronimistas.

Después de las descripciones que hemos hecho de tantas y tan magníficas iglesias de Roma, creará el lector que tenemos agotado el material, y no nos quedan otras dignas de ser mencionadas; máxime, cuando todavía no hemos dado cuenta pormenorizada de nuestra visita á San Pedro. Se engaña el lector si tal ha creído: aun podríamos entretenerle con la descripción de otras cien que merecen visitarse antes de llegar á la gran Basílica; pero no queremos exponernos á incurrir en su censura, y cerraremos este capítulo con la visita que haremos á dos muy notables, reservándonos para

describir después otras cuatro ó cinco que no podríamos pasar en silencio.

Por más que procurábamos en nuestras excursiones llevar determinados derroteros, con el fin de ahorrarnos muchos pasos y aprovechar el tiempo cuanto más era posible, sucedíanos con frecuencia dejar de visitar algún edificio ó algún monumento inmediato á los lugares en donde habíamos estado. Lo mismo nos va á suceder con nuestros lectores, á pesar de nuestro empeño en conducirle por itinerarios regulares. Cuando fuimos á recorrer la plaza Navona y visitamos algunos de los edificios que en ella ó en sus cercanías se hallan situados, no tuvimos en cuenta que nos hallábamos poco distantes de las dos iglesias á donde ahora tenemos que ir, volviendo á tomar la ruta que habíamos ya recorrido. Perdónesenos esta distracción; que bien vale la pena de andar dos veces el mismo camino para ver cosas como las que vamos á mostrar en breve rato.

No lejos de la plaza Navona había en otro tiempo un vallecito en el cual San Gregorio Papa hizo edificar una pequeña iglesia en honor de la Virgen María, que por esto se llamó Santa María *in Vallicella*. En 1575 el Sumo Pontífice Gregorio XIII la cedió á San Felipe Neri, quien contando con la munificencia del Papa y del Cardenal Cesi, la convirtió en un suntuoso templo que desde entonces tomó el nombre de "Iglesia Nueva," que hasta hoy tiene.

La fachada de la iglesia es toda de travertino decorada con dos órdenes de pilastras corintias y compuestas. El interior es de tres naves fuera del crucero. La decoración de las paredes y bóvedas es de gran magnificencia; baste decir que fué dirigida por Pedro de Cortona, quien ejecutó personalmente los frescos de las bóvedas y de la cúpula que se deja entender son bellísimos. En las capillas laterales, que se ven decoradas con buen gusto y admirable riqueza, hay excelentes obras de arte de las que sólo mencionaremos las principales. En la primera capilla de la derecha está una hermosísima pintura de Scipión de Gaeta, que representa la Crucifixión. En la siguiente hay una buena copia que sustituyó al

gran cuadro original de Caravaggio, Jesucristo conducido al sepulcro, que fué trasladado á la galería del Vaticano. En la tercera merecen contemplarse una magnífica Ascensión de Muzziano. Una Coronación de la Virgen por el Caballero de Arpino en el altar del crucero á la derecha y las estatuas de San Juan Evangelista y San Juan Bautista, de Flaminio Vacca, son de indisputable mérito artístico. Llama la atención en el arco que se levanta sobre el altar una pintura que representa á nuestros primeros Padres, obra de José Ghezzi. En la capilla que nombran *Spada*, son notables los mármoles de Carlos Fontana y el gran cuadro de la Virgen con San Carlos y San Ignacio, de Carlos Maratta.

Sorprendente sin duda es el aspecto del altar mayor. Lo adornan cuatro bellísimas columnas de un exquisito mármol que se llama *portasanta*, y lo enriquecen tres magníficas pinturas del célebre flamenco Rubens: la del centro representa á la Santísima Virgen con una gloria de ángeles verdaderamente espléndida: las de los lados, á San Gregorio y á Santa Domitila, acompañados de otros santos. No era necesario más para que la Iglesia Nueva sea reputada como una de las de primera categoría entre las de Roma. Tres cuadros de Rubens, son un tesoro aun en la misma Ciudad de las bellas artes.

La capilla de San Felipe Neri es otra de las preciosidades de la iglesia. Guarda, en primer lugar, los restos del Santo, y después, hállase decorada con mármoles muy raros y con piedras preciosas: la tumba de San Felipe es de mosaico; los frescos de las paredes fueron ejecutados por pintores distinguidos, y las estatuas son de autores de nota.

Cerca del altar de esta última capilla se abre la puerta de la sacristía, que debe visitarse para ver en la bóveda un buen fresco de Pedro de Cortona. De la sacristía se pasa á una pequeña capilla en que celebraba la Misa San Felipe, y allí está la subida para las piezas que habitaba el Santo, en donde se conservan todavía algunos de sus muebles: allí se admira también un magnífico cuadro de Guido Reni.

A corta distancia de la Iglesia Nueva se halla situada una

de las más notables que tiene Roma, Santa María de la Paz. Edificada en 1487 por disposición de Sixto IV, en cumplimiento de un voto que hizo al Cielo para obtener la paz de Italia, fué restaurada dos siglos después por orden de Alejandro VII, quien confió la dirección de los trabajos á Pedro de Cortona. Este pintor-arquitecto concibió la idea de hacer un pórtico semicircular formado con columnas dóricas de travertino, y así lo ejecutó, dando á la fachada de la iglesia un aspecto singular y extraño.

Aun cuando se puede asegurar que no hay en Roma dos iglesias iguales en su forma, siendo tantas las que existen, puede notarse mucha semejanza entre algunas de las que fueron edificadas en la misma época, ó bajo la dirección de los mismos arquitectos. Santa María de la Paz no se asemeja á ninguna otra, y podemos decir que es única en cuanto á la disposición de su planta interior. Es de una sola nave, que puede considerarse como dividida en dos: la que está inmediata al pórtico es un paralelógramo rectángulo con las esquinas truncadas; la que le sigue es una especie de rotunda elegantísima superada por una muy bella cúpula octógona. La decoración de las paredes de las naves así como de las capillas es muy esmerada y artística; pero lo que más realza la ornamentación y admiran los visitantes, son los espléndidos frescos de las Sibilas y los Profetas, calificados como las obras más grandiosas y de mejor efecto que pintó Rafael, siguiendo el estilo de Miguel Angel, pero excediendo con mucho á su competidor. Comparando estas admirables figuras con las de los mismos personajes que Buonaroti pintó en la Capilla Sixtina, se observa que las de Rafael tienen todo lo que les falta á las de su rival, es á saber: la nobleza en las formas, la dignidad en el carácter y la belleza en las fisonomías.

Y no son estas pinturas las únicas de primer orden que ostenta en su interior la bellísima iglesia. Un pintor de Siena, Baltazar Peruzzi, se atrevió á medir sus fuerzas con el gran genio de Rafael, ejecutando una parte de los frescos de las bóvedas, y lo hizo con tan cabal éxito que sus pinturas

no quedaron ofuscadas por el brillo de las del pintor de Urbino. Otra cosa no podría decirse en su elogio. La Presentación al Templo, que es una de las pinturas de Peruzzi, está calificada por los inteligentes como una obra maestra; y nótese que tal calificación se ha hecho delante de unas de las obras más sublimes de Sancio, como son sin duda las Sibilas.

También Miguel Angel dió su contingente para la magnificencia de Santa María de la Paz. Como arquitecto hizo el plano y dirigió la construcción de la segunda capilla de la nave cuadrangular. Ya puede suponerse que la arquitectura es grandiosa y digna de llamar la atención.

En otra de las capillas de la izquierda, el grande artista dibujó el cuadro de la Anunciación, al que puso colores Marcelo Venusti, su discípulo.

Y no es posible descender á mayores detalles acerca de la decoración preciosísima de esta iglesia excepcional. Diremos solamente, para terminar, que hay anexo al templo un magnífico claustro de dobles pórticos, ejecutado por el Bramante. Un edificio como Santa María de la Paz, en que han trabajado arquitectos y pintores de la talla de los que dejamos hecha mención, debe ser considerado como una maravilla.